



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires
Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Pucciarelli

*PRIMER CURSO DE FILOSOFIA DICTADO
EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
(1822-1827)*

PRINCIPIOS DE IDEOLOGÍA ABSTRACTIVA QUE COMPRENDEN LA METAFÍSICA

INTRODUCCIÓN

Idea de la metafísica: extravío¹ de las luces y de la moral: su restauración desde Bacon.

1. *Pienso, luego existo.* Va para dos centurias que el célebre Descartes sentó este principio como el primero de todas las ciencias humanas. Si es el primero en un sentido por ser el que inmediatamente ocurre al ser mismo cogitante, lo es también en el nuestro no sólo por eso, sino igualmente por ser la base fundamental donde reposa toda certidumbre y toda ciencia, especialmente la metafísica moderna. El metafísico de estos tiempos no es ya un hombre que á merced de cuatro principios abstractos é inconexos divaga eternamente en el vacío de su imaginación haciendo aplicación de teorías fantásticas á la física y á la moral. Al contrario: sentado este como un hecho indubitable aun á los mismos pirrónicos, lo analiza y examina, y halla envueltos en él todas las facultades intelectuales y afectivas del hombre.

¹ En todos los casos se respeta la grafía original.

2. De donde resulta que la metafísica, lejos de ser una ciencia puramente abstracta como algunos la han tratado y otros la han creído, no es propiamente sino una ciencia *abstractiva* que con el auxilio de la fisiología constituye el estudio físico y moral del individuo hombre. Sabemos los muchos extravíos y retardación de luces que ha causado cultivada en aquel sentido, y no dudamos que cultivada en este otro recobrará el crédito que justamente había perdido por su falta de cooperación á la ilustración y bien estar del género humano.

3. Es ciertamente un grande y bello pensamiento el de considerar todas las ciencias y las artes como un conjunto ó un todo indivisible, ó ligadas como las ramas de un mismo tronco por un origen común; y aún mas estrechamente enlazadas por el fruto que están todas destinadas á producir, la perfección y felicidad del hombre. No se escapó este pensamiento á los antiguos que hacían entrar en el estudio de la sabiduría todas las partes de las ciencias. ¿Y acaso cultivaban las artes solamente por el placer ó recursos directos que puede sacar de ellas quien las profesa? ¿No era también porque las miraban como necesarias al conocimiento del hombre y de la naturaleza, y su manipulación como medio á propósito para obrar sobre uno y otra con un poder ingente?

SECCIÓN PRIMERA

DE LA SENSIBILIDAD DEL HOMBRE EN SUS RELACIONES INTELLECTUALES

Capítulo I

Análisis de la sensibilidad comparada con este principio *pienso, luego existo*

20. Pensar es en nosotros advertir las diversas alteraciones que de necesidad ó de grado recibe el principio animante en consecuencia de las impresiones causadas en los órganos sensorios; y como no puede recibir ni ser recibido lo que no existe en el orden de las cosas, se deduce por una consecuencia forzosa que el hombre no puede pensar sin existir: pudiendo decirse que pensar y existir para el individuo es una misma cosa. Por otra parte *advertir* y *sentir* las alteraciones del principio animante es también una fosa misma: luego igualmente lo serán pensar y sentir; así como las facultades respectivas pensamiento y sensibilidad.

La voz pensamiento es común al acto y á la potencia pensante. La voz sensibilidad, aunque tomada en otro tiempo por la aptitud del objeto á ser sentido, hoy más comúnmente se entiende por la facultad activa del principio animante con que percibe todas sus alteraciones causadas mediata ó inmediatamente por los objetos aplicados á los órganos. Contraigámonos, pues con la análisis á casos prácticos para hacer más perceptible el examen propuesto.

21. Cuando solo experimentamos una impresión actual y presente, no usamos propiamente de la espresión *yo pienso* sin embargo de existir la advertencia constitutiva del pensamiento indicada arriba. Así es que cuando un cuerpo caliente nos quema la mano, nadie dice *yo pienso que me quemo*, sino *siento que me quemo*, y aún con más propiedad *me quemo*. Y esto nace de que la viveza con que se representa la acción del pensamiento en este caso, comen otros semejantes, urge demasiado para espresarla de un modo que indique

morosidad. Lo mismo sucede y por la misma razón, si alguno es afectado de dolores internos, por ejemplo cólico: no dirá *pienso que padezco*, sino solamente *padezco*.

La alteración mecánica producida en las manos ó en las vísceras del paciente en estos dos casos es cosa diferente del dolor que se padece: y la prueba está en que estos dos órganos aún en estado de parálisis y gangrena pueden experimentar lesiones mucho más fuertes sin que el paciente lo advierta. La facultad pues de ser afectado de dolor ó de placer con ocasión de la impresión orgánica es una parte de lo que llamamos pensamiento ó facultad de pensar: y así pensar en este caso es *sentir una sensación* ó simplemente *sentir*.

22. El que desea, el que quiere alguna cosa no dirá tampoco *pienso que tengo un deseo, una voluntad*. Porque efectivamente esto sería un pleonasma y una expresión inútil. Más no por eso es menos cierto que desear y querer son actos de la facultad interior á quien damos en general el nombre de *pensamiento*; y que por medio de estos actos experimentamos una impresión interna, á quien llamamos deseo ó voluntad. Pensar pues en este caso es *sentir un deseo*.

23. Usamos todos de la expresión *pienso tal cosa* cuando intentamos significar una opinión, un juicio, un discurso. Pues pronunciar un juicio verdadero ó falso, ó deducir uno de otro, es realmente un acto del pensamiento, y consiste en sentir la existencia de una relación ó conexión entre dos ideas comparadas entre sí ó con una tercera. ¿Pensáis, por ejemplo, que tal hombre es bueno? Pues sentís que á ese hombre le conviene la cualidad de bueno. ¿Entráis en el examen de la razón ó no razón que tengáis para pensar así, ó de donde pueda venir algún error? Pues os confirmáis ó retractáis de vuestro juicio por medio de un discurso. En estos casos pensar es advertir una relación de conveniencia ó repugnancia entre dos ideas, es *sentir una relación*.

24. También usamos de la expresión *pienso en nuestro paseo de ayer* para significar el recuerdo que nos ocurre y nos afecta de ese hecho pasado. Pensar pues en caso semejante es experimentar ó advertir la impresión de una cosa pasada, es *sentir un recuerdo*.

25. *Pensar*, como fácilmente se deduce, es siempre y constantemente sentir y nada más que sentir. ¿Pero que entendemos por sentir? Es esta una cuestión que cada uno se la debe resolver a sí mismo: pues no siendo otra cosa, que lo que cada uno sabe y experimenta dentro de sí, sería vano todo esfuerzo para explicarlo. Y así, puesto que estáis, íntimamente convencidos por vuestra propia conciencia de esa manera, de ser, os basta vuestra experiencia para conocerla: escusada es por lo tanto nuestra explicación. Observemos sin embargo de paso que sentir, así como pensar, es un fenómeno de nuestra existencia, ó más bien nuestra existencia misma, por que a la verdad un ser que no siente nada podrá bien existir para los demás seres que le perciben; pero no para sí mismo, respecto á que no se conoce existente.

26. Aquí se nos presenta otra cuestión de dificultad aparente. ¿Por qué siendo una misma cosa pensar y sentir, se aplican las dos palabras en lugar de una sola? Esto es porque destinada la última á expresar la acción de sentir las primeras impresiones que nos afectan llamadas: sensaciones, convenía destinar la primera a expresar la de sentir las secundarias que emanan de ellas: á saber, los recuerdos, las relaciones (juicios y raciocinios), los deseos. Esta diferente aplicación de las dos palabras es á la verdad poco grata, y fundada sólo en la falsa idea que se ha formado de la facultad de pensar antes de haberla observado bien. Más a pesar de toda la oscuridad que esta mala aplicación de voces arroja en lo

materia, es claro cuando se reflexiona, que pensar es tener percepciones ó ideas: que nuestras percepciones ó ideas son cosas que sentimos: y que por consiguiente pensar es sentir.

27. De aquí residía que filosóficamente hablando, aunque estas dos voces de nuestro idioma no estén bien aplicadas, podremos llamar á esta facultad de sentir *sensibilidad*, y á sus productos *sensaciones* o *sentimientos*: la expresión en este caso recordará la misma cosa. Pero como el uso es respetable, para obtemperar con él, la llamaremos también *pensamiento*, y á sus productos *percepciones ó ideas*. Conservamos igualmente todos los demás términos recibidos, contentos con fijar bien su significación. El concepto de idea lo tomamos aquí en un sentido más general que el definido *en* la ideología elemental. Ahí lo ceñimos á la simple imagen, representación intelectual, aprensión del objeto. Ahora lo entendemos á todas las afecciones del principio animante: las cuales ni pueden dejarse de percibir mientras existen, ni de existir mientras se percibe, verificándose siempre con un convencimiento irresistible nuestro principio *pienso luego existo*.

28. Es forzoso pues deducir de lo espuesto, que tenemos ideas ó percepciones de cuatro especies diferentes si atendemos á su generación. ¿Siento que me quemó? Aquí hay una sensación que yo siento. ¿Me acuerdo que me quemé ayer? Aquí hay un recuerdo que yo siento. ¿Juzgo (por inducción ó deducción) que tal cuerpo es la causa de mi quemadura? Aquí hay entre este cuerpo y mi dolor una relación que yo siento. ¿Quiero alejar este cuerpo? Aquí hay deseo que yo siento. Ved pues los cuatro sentimientos, ó como se habla comúnmente las cuatro ideas indicadas de caracteres bien distintos, pero que prueban existir en nosotros una facultad general de sentir, á quien llamamos justamente *sensibilidad*.

29. Sin embargo de que la vemos influir igualmente en todas nuestras funciones, se le atribuyen de un modo especial las sensaciones primitivas; llamándola memoria en la de sentir recuerdos, juicio ó razón en la de sentir relaciones, voluntad en la de sentir deseos. A estas cuatro especies de funciones pueden reducirse todas las de pensar considerando las tres primeras como actos de entendimiento y la última de voluntad. El entendimiento y la voluntad del hombre sensible tienen entre sí tan mutua conexión y dependencia que las primeras ideas de aquel escitan los primeros deseos de esta; y estos deseos urgen á ulteriores investigaciones intelectuales. Bajo este respecto la voluntad tiene más de facultad intelectual que de afectiva, como que tiene por objeto el conocimiento de los medios de satisfacer sus deseos de fruición. De aquí proviene el antiguo proloquio, *nihil volitum quin proe cognitum*; es decir *sin ser conocido nada hay querido*. Y de aquí proviene también la razón por qué los antiguos reducían las operaciones mentales del hombre á *conocer* y *querer*.